



El internado
SUIZO

JOANNA GOODMAN

Una exitosa escritora regresa a su internado de élite en Suiza para llegar al fondo de un trágico accidente que tuvo lugar mientras era estudiante veinte años antes.

¿Hasta dónde llegaría para descubrir la verdad?

Lo último que las autoridades quieren es que el internado, un bastión de la riqueza y del glamour europeo, sea víctima de la mala prensa. Por eso, la policía rápidamente clasifica lo sucedido como un «accidente», pero todavía quedan dudas: ¿Fue un intento de suicidio? ¿O alguien empujó a Cressida?

No era un secreto que ella tenía una veta egoísta ni que, a lo largo de sus años en el internado, había acumulado tantos enemigos como aliados. Kersti Kuusk, su mejor amiga y estudiante becada del Lycée, no puede dejar de pensar en las incógnitas que rodean la muerte de Cressida, aun cuando ya ha pasado tiempo desde su graduación.

Años más tarde, Kersti se casa y se convierte en una escritora exitosa, pero nunca deja de preguntarse sobre la obsesión que Cressida tenía con la Sociedad Helvetia, una sociedad secreta prohibida años antes de que ellas llegaran al internado.

Cuando Kersti recibe una invitación para participar en el 100º aniversario del Lycée, no puede evitar investigar más sobre la muerte de su amiga, y así es cómo descubre una aterradora red de mentiras que se oculta detrás de los muros de la prestigiosa institución. Solo es cuestión de tiempo para que Kersti tome una decisión que la puede unir para siempre a Cressida.

El internado *SUIZO*

JOANNA GOODMAN

Traducción de María Candela Rey

 **UMBRIEL**

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Para Miguel, Jessie y Luke, que lo son todo.

«De las no muchas maneras conocidas de librarse del cuerpo, la caída, la caída, la caída es el método supremo, pero hay que elegir el alféizar o el reborde con sumo cuidado para evitar herirse a uno mismo o herir a los demás».

—*Vladimir Nabokov*

«Te quiero, aun cuando no exista nada de mí, ni del amor, ni siquiera de la vida misma».

—*Zelda Fitzgerald*

Quiero que conozcáis la historia de cómo llegasteis a existir y que entendáis por qué tuve que hacer lo que hice. Sé que algunas de las cosas fueron locuras. Hay personas que creen que me excedí, que perdí la cordura. Hubo momentos en los que yo creí lo mismo. Pero, a pesar de lo insólito o irreal que parecía todo, yo sentía que los hechos escondían una lógica perversa.

Estoy aquí para deciros que ha valido la pena. Vosotros habéis valido la pena. Si tuviera que volver a elegir, tomaría la misma decisión y lo haría todo de nuevo. Desafío a cualquier mujer que hubiera estado en mis zapatos a alejarse de aquella oportunidad que se me presentó como caída del cielo, a elegir la derrota cuando una solución milagrosa había aterrizado sobre mi regazo.

Nunca creí ser el tipo de persona que no se detiene ante nada para conseguir lo que quiere, pero este último año ha demostrado que eso es exactamente lo que soy. Encontré, en mi interior, un egoísmo y una implacabilidad que no sabía que tenía. Esas no siempre son malas cualidades, sobre todo en alguien como yo. Alguien que pocas veces ha reclamado lo que quería.

Fuisteis vosotros quienes despertasteis eso en mí; mi deseo de teneros triunfó por encima de todo lo demás, incluso la necesidad de complacer y agradar a todos, y de actuar siempre de forma razonable. Nada de lo que me ha traído hasta aquí ha sido razonable. Nada en vuestra historia hasta el momento coincide con la mujer que creí que era. Me invocasteis para luchar, para hacer lo impensable y ser tenaz en mi ambición. Es curioso, cuanto más lucho —no solo por vosotros,

sino también por la verdad—, más me gusto a mí misma.

Resulta que no soy tan distinta a Cressida después de todo. Debéis vuestra vida a eso.

Capítulo 1



TORONTO — septiembre de 2015

Lille está muerta.

Kersti vuelve a leer la carta, que había llegado en un sobre inocente enviado por su agente, Rona Sharpe. Lo había abierto con la expectativa de encontrar el típico resumen de regalías, con el familiar «Para tus archivos» escrito por Rona encima del texto. Pero dentro del sobre había otro sobre, todavía cerrado, con una carta. Estaba dirigido a Kersti Kuusk-Wax, a/c Agencia Literaria Rona Sharpe. Tenía un matasellos de Connecticut y en la solapa de atrás estaba impreso el apellido Robertson.

Kersti abre el sobre y lee el Post-it amarillo que estaba pegado a la carta y que había sido escrito por la madre de Lille.

Kersti, encontramos esta carta en el ordenador de Lille después de su muerte. La había olvidado hasta que recibí una invitación para el 100° Aniversario del Lycée. Lille no terminó de escribirla, pero quizás te interese.

Saludos, Jaqueline Robertson

La boca de Kersti está seca. *¿Después de su muerte?* Al desdoblar la carta, siente un hormigueo en la punta de los dedos. ¿Una carta después de tantos años de silencio? No tiene sentido.

Querida Kersti:

Mua, mua, mua. Tres besos por los viejos tiempos. Sé que han pasado muchos años, pero he estado siguiendo tu carrera literaria y he leído tus últimos dos libros, y estoy muy feliz por ti. Mi favorito ha sido *La luna se pone en Tallin*. (Intenté encargar *La hija del fabricante de esquís*, pero es como si no existiera).

No podré leer el próximo. Moriré pronto.

Después de graduarme en el Lycée (me quedé hasta terminar el año: ¿a dónde más podría haber ido?), me aceptaron en Brown, donde conseguí terminar la carrera de Psicología. Consideré, por un instante, la posibilidad de convertirme en una analista Junguiana. ¡Ja! Al final decidí que no podía arriesgarme a seguir socavando la fragilidad mental de mis potenciales clientes. Así que realicé algunos cursos de fotografía. Me encanta la fotografía. Incluso monté una exhibición en una galería pequeña en Williamsburg en el 99, pero mi confianza no estaba lista para encarar todo el escrutinio que conlleva colgar las obras en la pared para que la gente las juzgue. Ni siquiera me sentía digna de la atención positiva. No se vendió nada. No era muy buena, pero seguí con la fotografía, aunque solo como hobby.

He tenido una vida decepcionante, incluso para mí.

Podría haber conseguido más (la verdad es que mi cerebro retorcido cuenta con un intelecto bastante agudo), pero mis acciones nunca parecieron coincidir con mis deseos e ideas.

El miedo. Ese fue mi problema. Siempre me he sentido como una niña encogida de miedo en el rincón. Es curioso que a lo único a lo que nunca le he temido ha sido a la muerte. Tuve miedo a no gustarle a los demás; a no ser lo suficientemente buena; a no ser digna; a no ser respetada; a no ser bella; a no ser feliz, ni útil, ni productiva; tuve miedo a estar expuesta, a ser abandonada, a ser vista, a ser juzgada, a ser rechazada.

Pero nunca le tuve miedo a la muerte. (Al final eso resultó ser algo bueno). ¿Te acuerdas de ese libro que salió hace unos años, El secreto? Todo el mundo estaba hablando de la Ley de la Atracción y de cómo podías manifestar cualquier cosa que quisieras con tan solo pensarlo, pero también podías manifestar cualquier cosa que no quisieras con tan solo pensarlo. El concepto era una simplificación y muchos lo explotaron en exceso, pero encerraba algunas verdades. Creo que el miedo que estaba dentro de mí terminó por convertirse en un tumor y alojarse en mi pecho. Era grado 4 en el momento del diagnóstico. Diecisiete ganglios linfáticos infectados. Parece que era mucho el miedo que tenía.

El proceso de morir despierta todo tipo de mierda, Kerst. Mi intención no es que esto sea una confesión, pero hay muchas cosas que tengo guardadas desde hace años. Me pregunto si debería haberlas compartido, aunque sea en terapia. Me imagino a toda esa ba-

sura que tengo guardada viviendo dentro de ese tumor. (¿Alguna vez leíste el cuento Bola de pelo, de Margaret Atwood? Después de que le extirpan un tumor, la protagonista lo guarda en formol, lo deja sobre la repisa de la chimenea y lo llama «Bola de pelo»). Así es como me imagino a mis tumores (ahora tengo muchos: en los huesos, en el hígado, en la columna).

Sé que hacer esto cuando me estoy muriendo es un cliché, pero hay algunas cosas en particular que todavía me atormentan:

1. No creo que la «caída» de Cressida fuera un accidente.
2. Hay algo incriminatorio en el libro mayor de las Helvetianas. Creo que lo tiene Deirdre (si no, ¿dónde está?).
3. Me pregunto si Magnus vio algo (esa noche lo vi salir de la Casa Huber).
4. Desearía haber dicho algo antes.

El final de la carta es abrupto. Está claro que Lille tenía más para decir. Quizás estaba demasiado enferma; quizás empezó a debatir consigo misma sobre cuánto más confesar y murió antes de llegar a una decisión satisfactoria.

Kersti se da cuenta de que todavía está de pie delante de su escritorio y se desploma sobre la silla.

Lille está muerta.

Se queda pensando en eso durante un momento y un sentimiento de inquietud empieza a palpar en su interior. Hacía casi veinte años que no veía a Lille, así que no es que ahora haya un vacío físico, pero no hay duda de que está acongojada, como si la aplastara un sentimiento de terror

que tiene más que ver con los recuerdos que Kersti tiene de aquella época; de aquello que destruyó a las personas más libres y optimistas que solían ser.

Lille había sido una chica rara y muy empática, y su torpeza e incomodidad con el mundo eran evidentes. Su sensibilidad era una aflicción, un nervio descubierto. Algunas personas no sorprenden cuando mueren jóvenes. La muerte de Lille, a pesar de ser trágica, había sido una de esas muertes poco asombrosas. Su espíritu siempre tuvo una cualidad triste, como si atravesara la vida con una resignación cansina que probablemente no habría llegado a la vejez.

Cressida era lo opuesto. Era la vida misma. Era como si la belleza, la vitalidad y la posibilidad se hubieran combinado para animar un cuerpo exquisito. Era la encarnación del poder, tanto interno como externo. Era inolvidable, y su ausencia no había disminuido su efecto.

Las dos se han ido, y el dolor que causó el accidente de Cressida y que Kersti había reprimido durante años estaba empezando a infectarse y a acercarse a la superficie. Puede sentirlo en el pecho, la garganta, la cabeza. Mientras dobla la carta y la guarda en el primer cajón —como si escondiéndola pudiera evitar que la verdad invadiera su vida—, Kersti ya sabe que recibir la noticia de la muerte de Lille tan pronto después de haber sido invitada a volver al Lycée será lo que al fin la obligue a encarar el tsunami de dolor y culpa que ha estado conteniendo desde los dieciocho años.

La invitación a la gala por el centésimo aniversario cuelga de la pizarra magnética que está sobre su escritorio. Le echa un vistazo, todavía sin decidir si ir o no. Sus años en

Suiza fueron lo mejor de su vida; el modo en el que concluyeron, lo peor.

Está invitada a la celebración de nuestro
100° Aniversario el 13 de junio de 2016,
en el Lycée International Suisse.
1005, Lausana, Suiza.

Dentro del sobre también hay una carta.

Estimada Kersti:

En 1946, el Lycée abrió sus puertas a un pequeño número de estudiantes que buscaban el más alto nivel educativo. Desde ese entonces, hemos sido acreditados por el Consejo Europeo de Escuelas Internacionales y nos hemos convertido en uno de los institutos reconocidos oficialmente por la Confederación Suiza. En 1925, nuestro instituto abrió sus puertas a alumnos varones, pero, aunque estamos muy orgullosos de sus abundantes logros, hemos elegido celebrar nuestro centenario con una selección de «Cien Mujeres del Lycée» que representan un siglo de nuestro éxito en la preparación de jóvenes mujeres para que alcancen su máximo potencial y prosperen como ciudadanas del mundo.

En el 2016, el Lycée celebrará su 100° Aniversario. Tenemos el placer de informarle que ha sido elegida como una de nuestras «Cien Mujeres del Lycée» por sus logros en las Artes Literarias. La invitamos a ser una de las oradoras principales en nuestra Fiesta en el Jardín por el 100° Aniversario el sábado 11 de junio de 2016...

¿Qué habría pensado Cressida sobre el hecho de que Kersti fuera seleccionada como una de las Cien Mujeres del Lycée? Seguro habría hecho que Kersti se sintiera como una idiota por sentirse halagada.

Cuando Kersti volvió de Lausana después del accidente, era difícil no pensar todo el tiempo en Cressida. Alcanzó un nivel de depresión y reclusión tal, que al final tuvo que tomar la decisión consciente de *dejar de pensar en eso*. A partir de ese momento, dejó de vivir en los recuerdos: los buenos, los malos y los irreales; dejó de visitar ese rincón oscuro y profundo de su cabeza y siguió con su vida. Eso significó ignorar todas las preguntas sin respuestas que habían quedado pendientes, lo que fue haciéndose más y más fácil con el correr de los años. Y sin embargo, allí está, esa bestia durmiente que después de tanto tiempo empieza a despertarse, con las garras extendidas y resuelta a arrastrarla de vuelta a ese lugar oscuro. Kersti no está sorprendida. Se necesita una cantidad excesiva de arrogancia para creer que se puede huir del pasado, y ella nunca ha sido arrogante. Cressida lo era, pero ella no.

Kersti abre el cajón del escritorio y vuelve a sacar la carta de Lille. La relee y se detiene en la parte que menciona a Magnus: «Esa noche lo vi salir de la Casa Huber».

La carta de Lille sirve para distraerla de la tensión de la última charla con Jay. Kersti se levanta, deja la carta sobre el escritorio y baja al sótano, donde busca una caja que dice LYCÉE dentro un armario. En el interior hay cosas que ha ido guardando, como boletines de la escuela, álbumes de fotos, anuarios y una caja de zapatos llena de recuerdos y *souvenirs*: un posavasos de Bière Cardinal con el eslogan

«... *moment d'amitié*»; los programas de la Fête des Vendanges en Morges y del Holiday on Ice de 1989 en el Palais de Beaulieu; tiques de telesilla de todos los viajes de esquí a los que asistió, desde Thyon hasta Gstaad; manteles individuales de la Brasserie de Niffenager —a la que llamaban «lo de Niffy»— y del café Le Petit Pont Bessieres —al que llamaban «el 2,50», que era el precio al que vendían el *chope*—; las medallas de los Campeonatos de Voleibol de Vaud; una foto de la Estructura Molecular en blanco y negro que pretendía ser artística; un menú de Chez Mario con un intenso olor a moho; y un manojo de fotos tomadas en fotomatonas: Kersti y Cressida, Kersti y Lille, Cress y Raf, Lille y Alison, Kersti y Noa. Fotos de las seis. Serias, ridículas, sonrientes, con la lengua fuera, dándose besos, con bronceados artificiales y reflejos rubios en el pelo, como se usaba en los noventa.

La nostalgia la perfora como si fuera un puñal. Desde hace casi dos décadas que no se permite hacer esto. Sin embargo, lo conserva todo. Allí había sido feliz, había sido ella misma.

El anuario no está firmado por ninguna de sus amigas. Se había ido de Suiza antes de que los repartieran entre los estudiantes y habían tenido que enviárselo por correo. Sus «Legados» ni siquiera se incluyeron; los de Cressida y Lille tampoco. Lee los Legados de Noa y Rafaella, y lo que le sorprende es lo rápido que pudieron recuperarse después del accidente y escribir sus resúmenes del año como si no hubiera pasado nada: «Lego mis pincitas a Komiko; mis *brownies* crudos, a Ali; el baño del segundo piso, a las “Helvetianas del 94”».